

de fueron las basílicas y los pórticos y las termas y los jardines y la casa de Neron y el *Septizonium* de Alejandro Severo; la que en la serie de los siglos ha podido ofrecer á sus artistas, en escuela diaria y de todas horas, monumentos como los que Roma tiene y hemos de recorrer, no podia aceptar fácilmente el nuevo estilo arquitectónico que pronto dominó á los demas pueblos. Así se explica la falta casi absoluta de muestras de arquitectura gótica en las orillas del Tíber. Si se exceptúan la iglesia de la Minerva y el patio antiguo de San Pablo, que en algo se acercan á construcciones góticas, no hay que buscar en Roma, ni de la antigua ni de la moderna edad, catedrales como las nuestras, ni edificios como los que pueblan las provincias del Rhin.

Por lo demas, de todas las épocas, de todos los períodos que forman la vida del pueblo romano, quedan en Roma vestigios arquitectónicos: la topografía lleva por la mano á la historia: las ruinas, que en otras partes del mundo son argumento de leyendas, aquí son capítulos de Floro ó de Varron, de Tito Livio ó de Salustio. La arquitectura ha venido de Grecia; los etruscos han podido modificar algunos accidentes; los romanos se permiten á su vez alteraciones en la rigurosa reproduccion de los tres órdenes; pero el arte viene de Aténas y va á reflejar en su desenvolvimiento á través de los siglos todas las peripecias del pueblo que lo adopta. La demostracion es muy sencilla.

Si nos remontamos á la época de los reyes, Roma nos ofrece la cárcel Mamertina en las inmediaciones del foro amenazándole; *inminens foro*: junto al teatro de las libertades populares fué preciso poner aquella terrible prision, símbolo de energía *contra la audacia siempre creciente*, dice Tito Livio, de los partidos hostiles; triste mansion que sobrevivió á la república y al imperio, y en la cual sucumbió Yugurta al tormento paulatino del hambre, y perecieron los cómplices de Catilina por orden de Ciceron; y Seyano, el favorito de Tiberio, el Álvaro de Luna del imperio romano, por mandato de Tiberio mismo; y Simon, el jefe de los judíos, para celebrar el triunfo de Tito. Los antros de aquella horrible escalera ó precipicio

de los gemidos (*gemonia*), donde los hombres eran arrojados á una muerte espantosa y cruel, habian de ser con el tiempo santificados por el martirio y alumbrados con resplandores celestiales. El más antiguo monumento de la Roma pagana es á su vez, por ventura, uno de los más antiguos monumentos de la Roma cristiana. En aquella cárcel sufrieron dura cautividad los apóstoles San Pedro y San Pablo: allí los pinta la piadosa leyenda obrando prodigios en la conversion de encarcelados y de carceleros, bautizando con el agua de una fuente milagrosa, cuyo plácido rumor interrumpe el espantoso silencio de aquellas mazmorras; de allí salieron el 29 de Junio del año 67 para sufrir el martirio, San Pedro en el Monte de Oro (*Montorio*), en una altura á donde alcanzaba la vista de Neron desde su inmensa casa ó ciudad del Palatino; San Pablo en la via Ostiense, junto á las aguas Salvianas (*ad aquas Salvias*). La casa dorada de Neron es un monton de escombros; en el lugar donde cayó la cabeza de San Pablo y brotaron las fuentes se alza una devota iglesia: no léjos, en donde fué sepultado su cuerpo, erigió la piedad cristiana una basílica gigantesca: donde San Pedro fué crucificado existe hoy un templo que se llama San Pedro *in Montorio*: los restos de ambos apóstoles tienen por sepultura la catedral del mundo y la basílica Ostiense: sus cabezas son adoradas en la basílica de San Juan de Letran; la cárcel Mamertina, donde fueron aherrojados y pasaron los últimos dias de su vida mortal, fué luégo oratorio y lugar devotísimo de peregrinacion. No hay viajero que al acercar su planta á las ruinas del Foro, no visite la humilde capilla de *San Pietro in Carcere*, cuyos negros paredones de piedra causan todavía espanto é infunden sentimientos de dolor. Aquellos horribles subterráneos son la cárcel Mamertina y Tuliana, el gran depósito de los dolores y de las lágrimas de doce siglos. No hay quizá otro mejor conservado en Roma. ¡Qué elocuente página de historia! Los reyes fundaron aquel edificio, la república lo llenó de moradores, el imperio lo anegó mil veces en sangre: á nombre de la autoridad y á nombre de la libertad, siempre al pié del Capitolio las víctimas humanas sucedieron á todos los gritos y á todas las expansiones del pueblo roma-

no ó de sus dueños. Triste desengaño para ciertos soñadores, que van cada día visitando los escombros de Roma en busca de monumentos de la libertad: el primero que en las cercanías del Foro, en la region clásica de las libertades, sale á su encuentro, es la cárcel Mamertina, íntegra como en los días en que sus negras murallas escuchaban el *actum est* de los verdugos, íntegra como en los días en que dió albergue á los dos cautivos de la fe, Pedro y Pablo. Los monumentos de la libertad han sido verdaderamente desgraciados: el tiempo, que se ha complacido en respetar los arcos de los emperadores y hasta la columna del insignificante Focas, y que guarda con tanto esmero vestigios de la época más lejana de los reyes, nada ó casi nada ofrece de los buenos días de la tribuna y los comicios.

El rey Servio Tulio, que con su templo y culto de Diana habia fundado la unidad política de la raza sabina, y que con su censo y su constitucion habia creado la unidad política de Roma, ató, digámoslo así, con lazada de piedra estos dos grandes elementos de la futura sociedad, creando la unidad topográfica de su pueblo, mediante la terminacion del muro que recorria las sinuosidades de las colinas, y del foso que las protegia de los estragos del Tiber. Aún es posible seguir la direccion de la muralla y del *ager*, que declaran en la Roma de Servio Tulio una área de seis á ocho millas, el área de Aténas, y en el Aventino se descubren los restos arquitectónicos de aquella obra admirablemente sólida, que revela el empeño con que la monarquía etrusca procura ya defender el propio territorio contra vecinos inquietos y amenazadores.

Pero la obra verdaderamente monumental de la época de los reyes es la *Cloaca Máxima*, una de las construcciones más gigantescas que ofrece la antigüedad y que los siglos han respetado. Las cercanías del Palatino y del Capitolio, la region importante de la política y de la historia del pueblo romano, eran en los primeros tiempos un triste y mortífero depósito de aguas estancadas, una llanura pantanosa que recogia sobre el caudal del Tiber desbordado los aluviones de las colinas; y para hacer habitable aquella region de la ciudad, donde un día han

de asentarse los suntuosos edificios del Foro, y donde se han de cumplir los más altos destinos de la Roma republicana é imperial, la Roma de los reyes lleva á cabo aquella gran obra de piedra, aquel inmenso camino de 300 metros, que 2.400 años hace está enviando al Tiber la masa de aguas sobrantes de la ciudad que á su vez le envian el Quirinal, el Viminal y el Esquilino. Ni una sola piedra falta en la parte de la *Cloaca Máxima* construida por Tarquino el Viejo. Sus tres magníficos arcos concéntricos, su bóveda imponente, por la cual, cuando las aguas del rio descienden, se puede penetrar en barca, determinan el influjo de la arquitectura etrusca: el arco y la bóveda no se hallan en el antiguo estilo griego. La obra de Tarquino era el asombro de propios y de extraños, aún en la época del apogeo arquitectónico de Roma, en los días de Tito Livio y en los de Plinio, que la consideran como el monumento capital de las siete colinas. Mr. Ampere se detenia muchas veces delante de la *Cloaca* á considerar el alto precio humano que representan obras de tal naturaleza y magnitud: los déspotas, dice el historiador de Roma en Roma, aman la piedra, porque la piedra es dócil; sus masas cuadradas se dejan apilar unas sobre otras para constituir edificios regulares, imagen del edificio social que el dueño se complace en formar á nivel y cordon, amontonando hombres y clases, y cuando el dueño es guerrero, apisonando cadáveres y ruinas. Lo gigantesco halaga su orgullo, y ademas entretiene al pueblo, que mientras yace encorvado bajo el peso del trabajo, no se acuerda de levantar la cabeza; se le hace obrero para que no piense en ser ciudadano.

Si ante cualquier monumento de la Roma antigua fuera importuna la observacion de Mr. Ampere, ante la bóveda colossal de la *Cloaca* es un contrasentido deplorable. Pocas veces podrán aparecer más en relieve la imagen de una gobernacion paternal y previsora y la imagen del trabajo, saludable y providencial ley impuesta á todos los hombres. Esta misma Roma en que estamos, este mismo paseo histórico de ruinas que hacemos, nos enseñarán pronto cómo entendieron la vida y la sociedad los hombres que, levantando la cabeza de la tierra, pusieron la mirada y el corazon en los ensueños de la libertad;

los que emigrando de las regiones tranquilas del trabajo, quisieron morar y ser felices en los alcázares de la soberanía ciudadana. — Compárense los monumentos que han quedado de la república, del período clásico de las libertades, con los que existen de la monarquía, y ellos ofrecerán una enseñanza más sólida y fecunda que las declamaciones del apasionado espíritu de escuela; Mr. Ampere, que se entristece ante la *Cloaca* de Tarquino, porque es obra del despotismo, se consuela al fin creyendo ver en ella el arco de triunfo que la monarquía erige para que haga su entrada solemne la república. Vista, en efecto, la *Cloaca Máxima* desde el *Puente Rotto*, no hay duda en que el símil de Mr. Ampere tiene algo de siniestramente ingenioso y exacto. Casi todas las repúblicas, y las manifestaciones todas del demagogismo, han venido sobre los pueblos á manera de torrentes, como entran en el Tiber por aquella triple gigantesca arcada las aguas turbias arrojadas de la ciudad. No puede ser más democrática, con ser obra de reyes, la ejecutoria arquitectónica de las grandes bóvedas de piedra. La más antigua de Europa está sirviendo de camino y sumidero á las inmundicias de veinte y cuatro siglos.

<sup>A</sup> Las obras monumentales de la época de los reyes revisten todas un carácter de utilidad pública; no son símbolos imponentes de riqueza y poderío, testimonios de la vanidad humana, como las Pirámides en Egipto, como en la misma Roma lo serán luégo arcos y columnas, pórticos y templos construidos por la adulacion y adornados por la servidumbre. No hubo en los primeros tiempos de Roma palacio especial de los reyes: moraban éstos allí donde su presencia podía ser necesaria para la salud y la prosperidad del naciente Estado. La arquitectura de la cárcel Mamertina y de los muros y de la *Cloaca Máxima* ofrece aquellos caracteres de austera simplicidad, propios de la infancia de un pueblo que aspira á ser grande, que tiene como el presentimiento de sus destinos ulteriores: tierra petrificada (tufo litóide) de vario color, lisa ó granular, algo de *peperino*, algo también de *travertino*, son los materiales que entran en su fábrica: masas cúbicas ú oblongas de esas piedras, sobrepuestas ya de uno ya de otro lado, pero siempre en línea

recta y coincidiendo, por lo general, las junturas, forman los grandes muros y la parte principal de aquellas construcciones.

De los templos levantados al culto de los dioses en la época de los reyes, sólo ha quedado la noticia; fuera inútil buscar sobre las colinas los restos de aquellos altares con que Numa y los Tarquinos mantuvieron el espíritu religioso de la primitiva sociedad romana: consérvase bien la tradicion de los lugares en que acaecieron los sucesos más notables de la monarquía: aún es lícito al viajero seguir á la falda del Viminal por aquella calle donde una mujer sin entrañas destrozó con sus caballos y su carro el cadáver de su propio padre; era la hija del penúltimo y la mujer del último rey de Roma, que llegaba al trono por la cuesta horrible del parricidio, la cuesta malvada, *Vicus Sceleratus*, que se llamó desde entónces. En nuestra excursión histórica y artística por las colinas, paseáremos al pié del monte Celio por los ámbitos del que fué valle florido de las Camenas y el bosque solitario donde se ocultaba la gruta misteriosa de la ninfa Egeria, y surgía aquella fuente de limpio cristal, en cuyo fondo se encontraban muchas veces con los ojos de la ninfa los ojos del rey Numa. Fuera de los muros de Roma, señala aún la tradicion el lugar de la sepultura de los Horacios y Curacios, y parece que recobra vida la triste leyenda de Horacia, la figura más interesante del reinado de Tulo Ostilio. Y así, de nombre en nombre y de época en época, podríamos recorrer el suelo histórico de la antigua monarquía de Roma; pero sin encontrar sobre la faz de la tierra otros monumentos que los tres ya dichos: la cárcel, los muros y la cloaca; la ley, la patria y el pueblo; el poder, la independencia y la administracion. La cárcel determina una manifestacion de la idea de gobierno; los muros señalan un sistema político, que no ha de perderse en Italia en la serie de treinta siglos, el sistema de las anexiones: los muros de Roma se van ensanchando progresivamente, desde los días de Rómulo hasta los del emperador Aurelio: sólo con la historia de los muros, pudiera formarse la historia de la dominacion de Roma. La cloaca supone un propósito inteligente de atender á la pública salubridad; es una gran obra de utilidad pública, que pre-

cede con más de dos mil años al primer libro de derecho administrativo y la primera ley de ayuntamientos. La mano del tiempo ha procedido esta vez con laudable benevolencia; perdonando tres distintos monumentos de la época histórica más remota de Roma, ha dejado á la ciencia y á las artes un fondo de luz que alumbraba el espacio de muchos siglos. La índole de estos monumentos, su destino respectivo y su material construcción, guardan perfecta armonía y revelan un período en que el lujo no ha hecho aún la entrada en los dominios de la vida, ni lo bello ha destronado á lo útil y á lo sólido.

La influencia de los reyes etruscos se dejó sentir por mucho tiempo aún despues de la expulsión de Tarquino y del nacimiento de la república. El arte en todas sus manifestaciones había sido y era etrusco; Roma recibió, puede decirse, su primitiva herencia griega por las manos de la Etruria; los monumentos arquitectónicos, que hemos ligeramente recorrido, corresponden con exactitud rigurosa á los vestigios, por fortuna conservados, del genuino arte etrusco en varios puntos de Italia. Pompeya nos ofrece en sus centenares de casas el antiguo tipo etrusco romano, que no puede confundirse con el griego; tipo que prevaleció sobre las influencias artísticas de Atenas y de Corinto.

El arco, la cloaca, el templo de Diana, los muros, las obras, en fin, que constituyen la Roma monumental que comienza en la monarquía, no son destruidas y aniquiladas al aparecer un nuevo régimen político, como acontece en los tiempos modernos, ántes bien sirven de enseñanza y estímulo para nuevas construcciones, que paulatinamente llenan y embellecen la ciudad de las siete colinas. En la primera mitad del período republicano (que duró cuatro siglos y medio) difícil fuera apreciar las diferencias en el modo de construir y aún en la índole y aplicación de las obras. Obsérvanse la misma simplicidad de materiales, la misma modestia artística en templos y en viviendas: aparece, sin embargo, un nuevo orden de edificios, los edificios que dicen relación á la vida política; curia, comicios, foro. El tiempo inexorable, con la política y sus agitaciones, no ha perdonado ni uno solo de estos edificios. Hacia la mitad

del período republicano, en los días de los Scipiones, comienza á prevalecer el influjo griego. Roma se heleniza; y al cambio visible en las costumbres, en las necesidades y en la manera de ser, responde al punto el cambio en las artes; la arquitectura es la primera que cede á las exigencias del nuevo estilo. Al primer período de la república corresponden los magníficos muros con que Camilo en el siglo IV de Roma protegió la cumbre capitolina, sobre los cuales vemos todavía descansar el palacio de los *conservadores* en el Capitolio; aquellas masas cuadradas de obscura piedra, donde hoy se fija la mirada del viajero que visita las ruinas solitarias del foro, *opus vel in hac magnificentia urbis conspiciendum*, como decia Tito Livio, ofrecen la misma regularidad y sencillez que las obras del tiempo de los reyes.

Para estudiar las de los tiempos más avanzados de la república, quedan también preciosos vestigios. Subsiste el sepulcro de los Scipiones, monumento que alcanza al año 445 de Roma, esto es, á una antigüedad de veinte y tres siglos. Al pié del monte Celio, fuera de la puerta Capena, entre la via Latina y la via Appia, no hace aún cien años que la casualidad puso de manifiesto un subterráneo ó *latomia* abierto en la colina, que pronto se reconoció ser el enterramiento ó *ipogeo* de una de las más antiguas, ilustres y beneméritas familias de la Roma republicana. En aquellos días de grandes virtudes y de grandes justicias, al decir de la escuela libre pensadora de los nuestros, los eminentes servicios á la patria solían premiarse con el ostracismo y con la injuria; el vencedor de Cartago, el que preparó los caminos de la preponderancia de Roma sobre el mundo, murió fuera del suelo romano; *ingrata patria, non possidebis ossa mea*, había dicho, y no los poseyó en efecto; el ipogeo de la puerta Capena corresponde á la familia de los Scipiones; el sepulcro, que todos admiramos en el museo Vaticano, contuvo un tiempo las cenizas de Lucio Cornelio Scipion Barbato, bisabuelo del vencedor de Anníbal; los despojos de este insigne guerrero quedaron para siempre en Literno, cerca de Nápoles.

A pesar de los estragos del tiempo y de las várias é irregu-

lares obras, que se han sucedido en aquel interesantísimo subterráneo, se puede todavía apreciar el orden de corredores en que estuvieron los monumentos sepulcrales y los nombres de los Cornelios Scipiones á que pertenecieron: por esta funeraria construcción, y por el sarcófago del viejo Barbato, se viene en conocimiento de los materiales y del estilo que se empleaban en la época media de la república: el arte griego, entosquecido, se revela bien en la superficie rugosa y el color gris obscuro de la piedra, en la irregularidad de las líneas que forman la inscripción de la tumba, de la misma suerte que en el ipogeo se ve destacarse de la rudeza etrusca de aquellos arcos y de aquellos muros, la no perdida, aunque desfigurada, elegancia de las columnas griegas.

Otra obra memorable de utilidad pública, en el remoto período á que nos referimos, es el acueducto viejo del río Anio, primer camino sobre arcos de triunfo, como diría Chateaubriand, construido para las aguas de que Roma había menester; primera obra de arquitectura hidráulica, á la cual habían de seguir otras y otras, que hiciesen de la ciudad del Tíber una verdadera maravilla.

Desde el siglo v de la fundación de Roma, es decir, desde aquellos tiempos en que comienzan á entrecruzarse en toda su grandeza los destinos de la ciudad, que ha de ser reina del mundo, la ciencia y el ingenio de los hombres, el celo de los cónsules, la multiplicada labor de los esclavos, la riqueza creciente de la república, se emplean en traer á las siete colinas raudales de agua, ríos caudalosos que conviertan en jardín ameno el campo de soledad en que Roma se levanta, y realicen la hermosura de aquella ciudad rica de aguas descrita por Salomón, de la gran pecadora que se sienta entre corrientes cristalinas, como la pinta el *Apocalipsis*.

Roma iba en busca de los manantiales á través de las montañas, y una vez descubiertos, abría para su caudal grandes cauces subterráneos, ó levantaba caminos de piedra sobre millas y millas de arcos gigantescos, que constituían galerías y palacios para el agua, sobre la desnuda superficie de la tierra. A veces estas grandes pompas de piedra y de granito se en-

contraban en su viaje, y el arte sabía celebrar el feliz encuentro de dos acueductos, ora confundiendo en una nueva y más ancha bóveda el caudal de dos remotas colinas, ora construyendo en el punto de intersección un monumento arquitectónico, testimonio perpétuo de alianza y amistad entre corrientes bienhechoras sumisas al querer y á la fuerza de los hombres. Tal era en Roma la abundancia de aguas en los días de Augusto, que Agrippa, el hombre de administración que llena su siglo, pudo construir, en sólo un año de Edil, 700 fuentes de ancho pilar, y 105 surtidores y 130 grandes arcos (ó castillos) y abrir al pueblo 170 baños gratuitos, y adornar estas magníficas construcciones hidráulicas con centenares de estatuas y de columnas de mármol. En tiempo de Tiberio, los acueductos de Roma forman un total viaje subterráneo ó al aire libre de 260 kilómetros; 130 eran los depósitos que en las cercanías de la ciudad distribuían á toda ella su caudal. No hay prodigio en el universo, exclama Plinio, que tenga más derecho á la admiración de los hombres. Hoy por cualquiera puerta de Roma, que el viajero se asome á la campaña, halla los restos imponentes de aquellas obras, pedazos de aquellas bóvedas, arcos rotos, esqueletos de mármol, que hacen del agro romano el cementerio de toda una civilización.

Trajano, el primer emperador en quien reposa un instante sin fatiga y sin vergüenza la mirada de la historia, el primer español que se sienta en el trono del mundo y empieza á comprender que el mundo no se limita á Roma, hará pronto sentir en las provincias el influjo protector de su poder: nuestro acueducto de Segovia se ofrece á la imaginación de todo viajero español que recorre la vía Appia, ó que examina cerca de la puerta Mayor en dirección al monte Celio, torciendo después y llegando al pie del Aventino á la puerta Trigemina, los restos del primitivo acueducto, que se remontan al año 481.

Poco posterior á la fecha en que estábamos, es decir, de fines del siglo v de la fundación de Roma es el templo de la Esperanza: *recte etiam à Calatino Spes consecrata est*, dice Cicerón en el *Libro de las Leyes*; existió en el Foro olitario (de las legumbres), junto á otros dos templos no ménos notables, de tra-

dición sabina: hoy de estas antiguas construcciones apenas se conserva algun vestigio en lo que es iglesia de *San Nicolas in Carcere*, llamada así por la cárcel del decemviro Appio, que tambien estuvo allí, y á la cual se refiere la tradicion de la doncella que la pintura ha ilustrado y el mundo conoce con el título de *La Piedad romana*; la doncella que con el jugo de su pecho mantuvo á su padre anciano, condenado á morir de hambre en aquella propia cárcel. Historia ó leyenda, dificilmente ofrecerá otro parecido ejemplo de ternura el pueblo del circo y de los anfiteatros, la sociedad de las cazas y de los gladiadores. La doncella del Foro olitorio es una figura con que de cierto puede honrarse la Roma republicana mejor que con su Tulia la Roma de los reyes.

A los dias prósperos de la república corresponden la construccion y reparaciones de la via pública más importante de Roma, de la reina de las vías, como la llamaba Ciceron la via Appia, inmensa cinta de piedra que se extendia desde la puerta Capena hasta las murallas de Brindis, salvando valles y colinas y montañas en una distancia de cerca de 600 kilómetros. ¡Con cuánta oportunidad pueden aplicársele hoy las magníficas palabras que Jeremías lloraba sobre Jerusalem! Yace solitaria la un tiempo llena de gente, triste y viuda la que fué señora de los pueblos. Hoy el viajero puede recorrer en gran parte aquel camino, que fué el de la mayor gloria y el de las mayores locuras de la Roma conquistadora y de la Roma omnipotente. De trecho en trecho, como se ve el campo á relámpagos en noche de tempestad, se descubren fragmentos de la via antigua, con sus losas cuadradas de piedra volcánica, con sus bordes guarnecidos de sepulcros y templetos, la via Appia del tiempo de Julio César y de los Augustos, del tiempo en que era el punto de cita de todas las hermosuras y de todas las suntuosidades de la tierra. Por allí corrieron los carros de marfil y de oro de los Mecénas y de los Crasos y de los Lépidos; por allí, cubiertas de púrpura y brillantes, guiaban sus caballos del Bétis las Cintias y las Floras, y pasearon mil veces la majestad de su belleza y de sus vicios las Mesalinas y las Popeas: allí á derecha é izquierda se alzaban entre bosques de

flores, como palacios de la muerte, centenares de sepulcros donde las artes agotaban sus primores, templos de la nada, en cuya frente escribia la mano de la adulacion ó del interes elogios más frios que las cenizas que guardaban. Un dia llenaron esta vasta llanura las legiones de Escipion y de Pompeyo, que reportaban á Roma reyes cautivos y naciones enteras sojuzgadas: mil veces Julio César victorioso saludó desde esta altura las colinas coronadas por los templos, y vió surgir del fondo de la gran ciudad, que á sus piés se extendia, el trono en cuyas gradas lo atajaria el puñal de la república moribunda. Hoy á todos aquellos esplendores, y al ruido de los ejércitos y á la hermosura de los jardines y de los sepulcros, han reemplazado las ruinas y la soledad y un silencio de muerte, tan sólo turbado por el lento paso de los bueyes y el crujir de las carretas de los *campagnolos* de Albano ó de la Arricia.—Y sin embargo, no hay paseo en Europa que ofrezca los encantos de esta via Appia, osario no interrumpido de mármoles y de columnas, de muertas grandezas y de recuerdos vivos. A la via Appia viene el arqueólogo á leer en páginas sueltas de rotos libros de granito, noticias auténticas de la vida y de la sociedad de Roma antigua; viene el filósofo á meditar en las leyes que rigen el movimiento de la historia, y á pronunciar sus anatemas sobre un pedestal sublime de escombros; vienen los artistas y no saben abandonar este campo y estas piedras, porque la via Appia es la gran escuela de paisaje y de ruinas, alumbrada por un sol que no se parece á ningun otro, bañada por un ambiente que es y será la eterna desesperacion de los maestros. ¡Quién sabe si en este pedazo de mármol, que tal vez perteneció al sepulcro del español Séneca, se sentaria más de una tarde el rey de los pintores españoles y trazaria los bosquejos de campo y ruinas de Roma que guarda nuestro Museo! ¡Cuántas veces habrán oido estos capiteles rotos y estos frisos despedazados el coloquio artístico de nuestro Velazquez con el dulce Poussin y el vigoroso Claudio Gelée! La via Appia, con su desierto entrecortado por esqueletos de acueductos y muros de templos y de circos, es la verdadera imágen de la soberanía cambiada en servidumbre y de la opulencia caída en mendicidad.